

La Escuela Abierta

el Dibujadero



LA
CULTURA
ES
POR



La Escuela Abierta el Dibujadero



Iniciativa ganadora

LA BOGOTÁ
que estamos construyendo

Pde 2022 PORTAFOLIO /ISTRITAL de estímulos para la cultura



SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

BOGOTÁ



Autores

Francisco Javier Buendía
Débora Buendía Puyo
Catalina Forero Ariza
Daniela Sánchez Ferrucho
Saray Rodríguez Sastoque

Diseño

La Escuela Abierta
Octubre 2022
ISBN 978-958-53978-2-8
Bogotá, D.C., Colombia
somoslaescuelaabierta@gmail.com



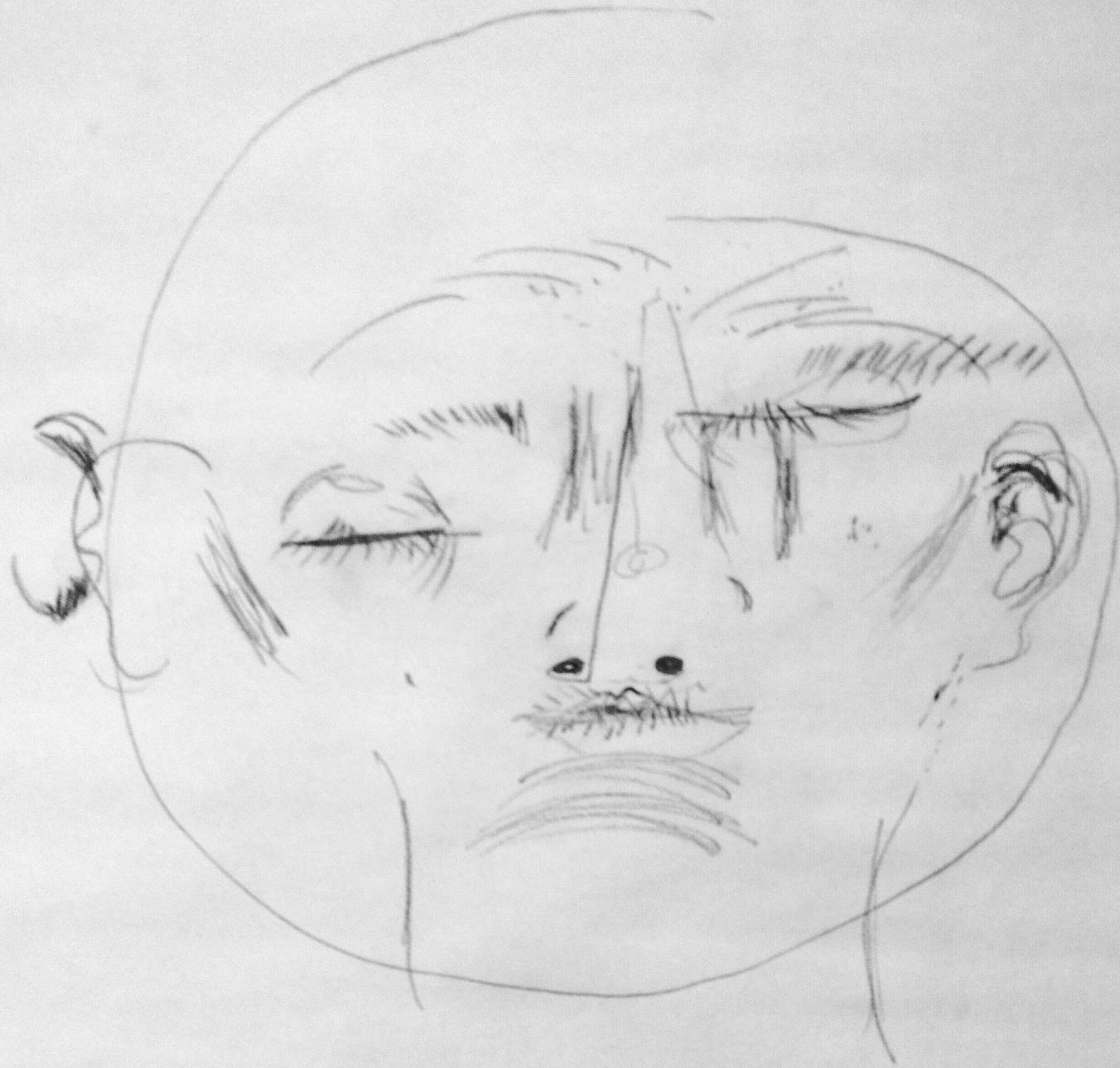
ESQUELO Alberto
el Dibujadero





Contenido

Presentación	1
El Dibujadero	3
La Puerta también es Barrio	13
De puertas adentro es el cuerpo Dibujo	21
Ese cuerpo extraño es Dibujo	47
La única manera de entender Dibujo, es dibujar.	60
Cultura / Identidad	75
Cuerpo e Inhumanidad	83
Dibujo Expandido	95



Presentación

El Dibujadero es un proyecto ganador de la beca “Ciudad Creadora: Beca para el fomento y la consolidación de laboratorios creativos en Bogotá”, del Programa Distrital de Estímulos 2022 de la Secretaria Distrital de Cultura, Recreación y Deporte.

Así entonces se establece como un espacio físico no convencional de participación ciudadana, para públicos no especializados en procesos artísticos por medio del hacer y pensar dibujo, en donde además de un acercamiento al ejercicio creativo gratuito y de libre acceso para cualquier persona interesada, se busca generar reflexión constructiva a partir de las búsquedas individuales sobre las dinámicas e implicaciones como seres culturales y su repercusión en el entorno social.



El Dibujadero

El Dibujadero se establece como un espacio de construcción y reflexión a partir del dibujo como medio plástico en el cual el Cuerpo, se entiende como primer eje orientativo de creación, ya que permite un reconocimiento del individuo, en su ser sujeto, como referente que se suscribe con el contexto que lo circunda, para desde su realidad particular llegar a la construcción de las imágenes que lo interpelan, para así referir un Suceso Cultural, definido desde las relaciones sociales que se establecen a partir de esas realidades individuales que se conjugan recíprocamente. Es así que estos dos ejes se complementan, ya que uno define al otro en una relación simbiótica, en donde el sujeto que sucede se relaciona con otros, de manera que conlleva a pensar nuevas relaciones lineales desde un espacio de Pensamiento por medio del Dibujo, que busca la reflexión cultural de Colombia, planteando una analogía entre el dibujo y las dinámicas de una sociedad, en las que el individuo es el punto sobre un espacio geográfico determinado, que asume unas relaciones lineales con su entorno en las labores que lleva a cabo en su cotidianidad, las cuales finalmente crean unas relaciones de sentido en las que se definen las ciudades, prácticas y tradiciones.

Así, El Dibujadero, se piensa desde escenario cercano a las necesidades de la comunidad, en donde el visitante puede dibujar en un espacio de taller abierto y gratuito en el barrio Siete de Agosto, pero también, pensar en las dinámicas de las cuales hace parte, como ejercicio crítico representado en imagen, y de esa manera generar reflexiones que comprendan que las decisiones individuos tienen incidencia en el entorno social, porque es en ella donde sucedemos, significando entonces repensar el concepto de “obra” por cuanto “la Obra de Arte” no puede ser entendida únicamente como “Objeto Estético”, sino como un “Objeto Social” que la configura y da validez al ejercicio artístico en sí mismo, siendo una disyuntiva en la tradición de las artes porque es la sociedad el elemento definidor de su propia cultura, puesto que es ella misma estableciéndose desde su interior, generando en ese sentido “El Evento del Arte”, que se fundamenta en la adquisición de un pensamiento colectivo, que delega a cada ciudadano la responsabilidad de darle forma al arte desde el papel que se asume con él como ser cultural.

El Dibujadero, además de ser un espacio de participación colectiva, ha tenido un ejercicio creativo por parte de dos estudiantes que desarrollan su propuesta plástica desde el dibujo en torno a las expresiones cotidianas de la sociedad, de manera que se potencia el ejercicio creativo de nuevos hacedores en espacios no convencionales, que inciden de manera directa sobre los contextos de donde toma sus referentes y constituye un ejercicio recíproco, entre artistas y comunidad, siendo un espacio de reflexión ahí, en donde sucede la sociedad misma, en donde lo “popular” hace parte de la cultura, incentivando por una parte el Dibujo como ejercicio artístico y también como ejercicio de pensamiento, siendo insumo de sentido de las dinámicas de la sociedad, ya que se desdibujan los límites sociales, políticos, económicos, educativos, entre otros por medio del acto de dibujar, pues la intersección de individuos y sus realidades concretas son el argumento constitutivo, ya que el resultado en imagen se reconoce como el suceso social.

Así entonces, El Dibujadero es un Lugar Pluricultural, donde cada individuo desde la especificidad de su oficio y su saber particular contribuye desde la diferencia, siendo el arte y el dibujo el medio de confluencia que rompe las barreras sociales.











La Puerta también es Barrio

Bogotá es una ciudad diversa, en la que convergen realidades distintas y en ocasiones opuestas, que terminan por conformar un gran cuerpo social, aunque disperso. En medio de la dispersión y diversidad, es posible reconocer variedad de prácticas culturales que se sitúan en espacios específicos y allí mismo se quedan, significando una centralización para ellas, incluso en términos a pesar de los intentos por parte de distintos agentes del sector por transformar esta realidad.

Separado por una considerable cantidad de cuadras de aquellos espacios que albergan galerías de arte, como el barrio San Felipe, ubicado también en la localidad de Barrios Unidos, se sitúa el Dibujadero en pleno Siete de Agosto, sobre una cuadra rodeada de locales de reciclaje, de producción de cartón, marroquinería y una que otra tiendita de barrio para comprar el tinto de la tarde. Este barrio no es precisamente uno de esos sectores de alta actividad artística en la ciudad, todo lo contrario. El Siete es una zona principalmente comercial en la que los encuentros sociales son regularmente distantes y hasta efímeros. Sin embargo, El Dibujadero choca directamente, y con todo propósito, con estas lógicas ya establecidas, asentándose en la cotidianidad del barrio, a una cuadra de la plaza de mercado, a dos de una “zona de tolerancia”, a cuatro de un sinnúmero de locales de repuesto automotriz, esperando ser habitado como espacio de transformación reflexiva y de dibujo.



En la puerta de entrada siempre abierta y desde la distancia, ya se resalta la presencia de El Dibujadero, en una imagen a blanco y negro, de alto contraste, obstruyendo y en dirección de los transeúntes, en una disposición propia de la zona como una invitación al detenimiento, tan ausente ya en nuestras prácticas cotidianas. Es casi un local forastero, recién llegado y diferente de aquella estética barrial ya configurada y normalizada en la zona. No obstante, la adaptación no fue compleja, pues bastaron unas cuantas semanas para que este espacio fuera cada vez más conocido por quienes habitan el barrio, siendo, incluso, intervenido con grafitis como cualquier otra puerta de un local en un barrio popular de Bogotá; suceso que también es dibujo.

Las cotidianidades de quienes atraviesan la cuadra se han visto evidentemente alteradas con la sola presencia de un espacio atípico, en relación con cómo se ve y lo que implica en el contexto. Quienes trabajan ofreciendo sus productos de tienda en tienda, de persona en persona, se cruzan eventualmente con El Dibujadero y optan por ofrecer, quedarse mirando llenos de curiosidad, o hacer ambas cosas. A quienes les queda de paso en sus compras y diligencias cotidianas no deja de parecerles extraño ni sorprendente un lugar que se ofrezca a dar clases gratis de dibujo, que se dispone para unas relaciones que se construyen de manera conjunta. Las preguntas sobre cómo es esto posible y por qué estamos ahí, nunca faltan. Es posible decir que hasta para los encargados del local vecino, es cada vez más común encontrarse con la petición de ayuda para poder abrir o cerrar esa enorme puerta de metal que da la entrada general al espacio y cuya dificultad de apertura refiere no solamente una falta de fuerza por parte del equipo que abre la puerta, sino también una realidad en la cual para el artista estos espacios no son de su cotidianidad, pues en gran medida el ejercicio artístico sucede a puerta cerrada.



Así es que, El Dibujadero representa una transformación radical para el Siete de Agosto, como lugar de construcción ciudadana, y no del todo a una esfera artística y académica, pues conlleva a que el ejercicio artístico llegue al barrio, al bullicio, a la realidad concreta de la gente que en tantas ocasiones no se atreve a atravesar las puertas de los lugares que habita.

No obstante, el espacio es de encuentro. El abuelo va con la nieta, siendo un ejemplo de construcción en el que ambas partes comparten el saber de la experiencia y del asombro, la madre que vende tintos va con la hija, cambiando por un rato el celular por el lápiz, pues refiere en todo caso no un saber direccionado, sino un espacio en el que cada uno tiene algo por enseñar y todo por aprender.

Ahí, de manera silenciosa, en la única pared que aun se mantiene limpia, hay un dibujo; la excusa del ejercicio creativo para su posibilidad reflexiva.





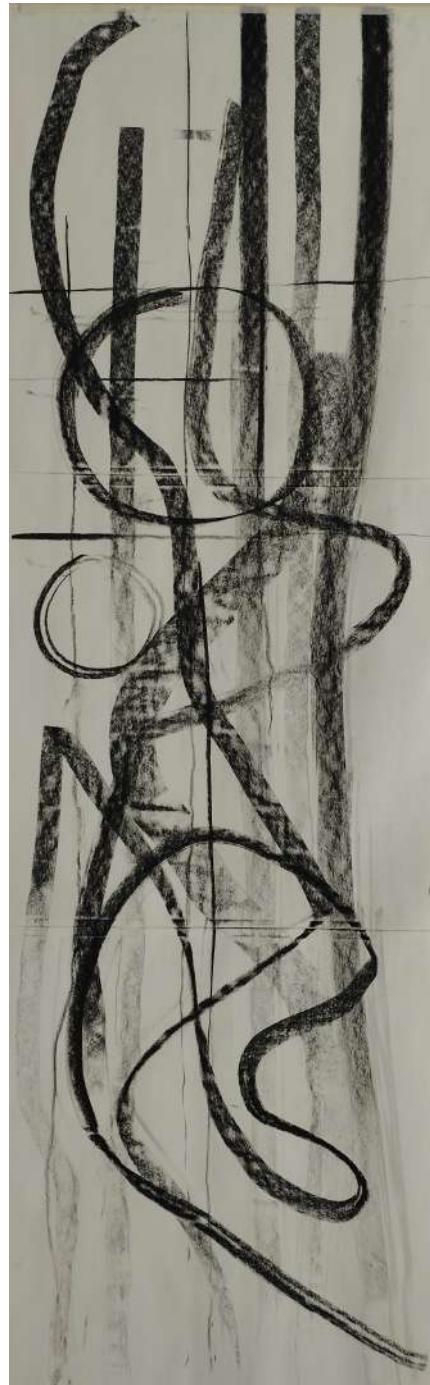
De puertas adentro es el cuerpo Dibujo

Cuando entra alguien a El Dibujadero con curiosidad y se le invita a dibujar, la respuesta más común es: “no sé dibujar”. Esto, más allá de una respuesta casual, refiere al pensar en las dinámicas de la enseñanza y creación del ideal del dibujo y en lo que realmente es, ya que el imaginario lo comprende como el ejercicio de representar y figurar exactamente aquello que proviene del mundo sobre el papel. No es que no se sepa dibujar, quizás sí, que el dibujo es imitar, significando que socialmente se produce un temor al dibujo, se le sitúa un trauma.



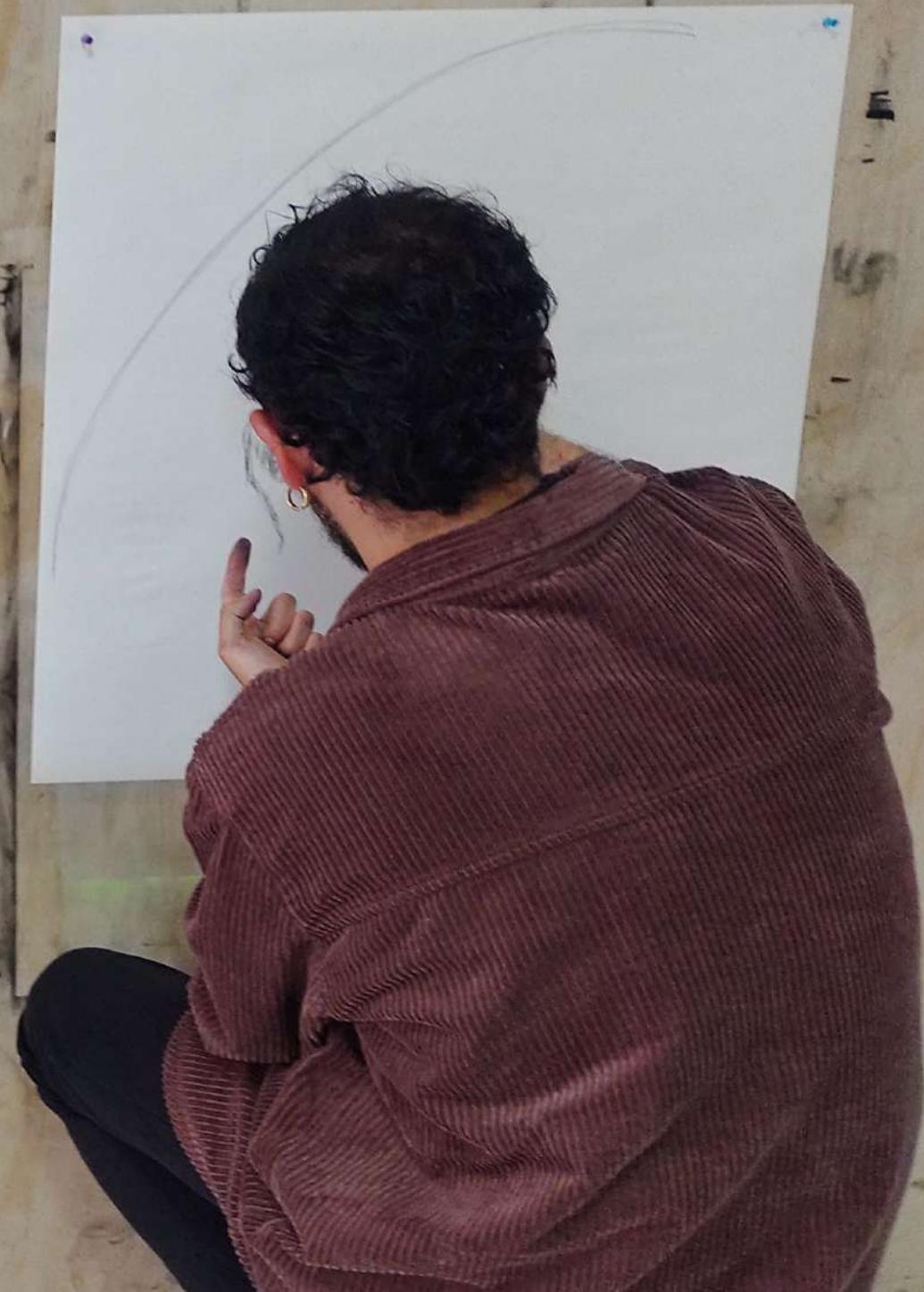
Ante ello, El Dibujadero aparece como un espacio de exploración y libertad en contraste con las ataduras y presiones sociales alrededor del dibujo y de la academia, en el que se aprende primero a experimentar con el miedo y a crear con el fracaso, esa búsqueda individual que conlleva al hallazgo único. Ya no solo es representar algo en su figuración más realista, sino que se expande la creatividad desde las acciones más simples, como respirar, caminar. El hallazgo es por la experimentación, por la experiencia, sin una técnica exacta, más que un conjunto de manchas y líneas, para una obsesión por darles forma y pensar a través de ellas, siendo entonces el encuentro por la libertad, pues esta aparece como un suceso cuántico, en donde todo lo que existe es suceso visual que se construye sin límite.

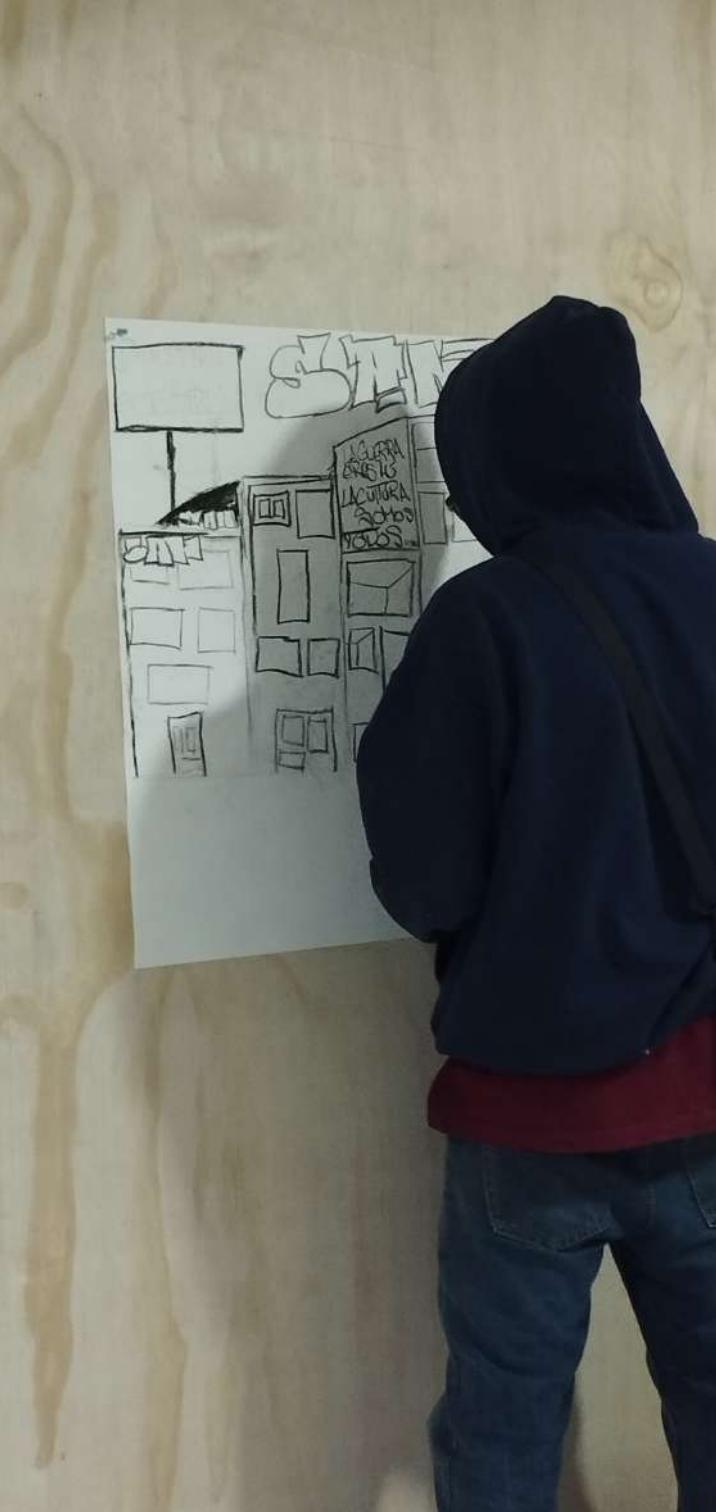
Así, al trazar libremente, se empieza a pensar de otras maneras, se difumina el dibujo, y en el dibujo se desdibuja la individualidad misma, los límites mentales y corporales, pues al cabo solamente queda esa memoria del trazo en sí mismo, no su autor, sí sus maneras.



El dibujo se trasfigura a una expresión y forma de pensamiento que configura lo que muchas veces la mente no puede traducir o concretar, siendo capaz de expresarse primeramente a través del cuerpo y luego en la mente para finalmente el trazo, siendo capaz de traspasarse y conformarse en una imagen que logra convertirse en una extensión de la consistencia del propio cuerpo, de la propia psique y del pensamiento, en donde se es la grandeza del cuerpo como dibujo y en donde se configura la capacidad de crear un lenguaje de comunicación e introspección, llevando la imagen más allá del trazo.









En ese sentido, se rompe con los límites de la relación social del dibujo con el entorno, pues, aunque hay una presión social frente a la conformación de la opinión del otro en la lectura de la imagen individual resultante, es el proceso artístico en la experimentación propia, quien define la posibilidad de obtener no solo un producto visible y plástico, sino también el resultado de llegar a reflexiones e ideas que se dan solo cuando se está dibujando; silencio que también comparte el otro. Esto quiere decir que, si el dibujo es pensamiento, éste incluso puede ser el que preconice la idea y la formaliza para la mente, por lo que no solo el producto plástico es importante, sino que el proceso y la reflexión también cobran gran importancia, sea terminado o no, mostrado al mundo o escondido de él, y de esa manera se comparte en su trasfigural concepción con el otro que observa el resultado en imagen, igualando su mirada absorta.







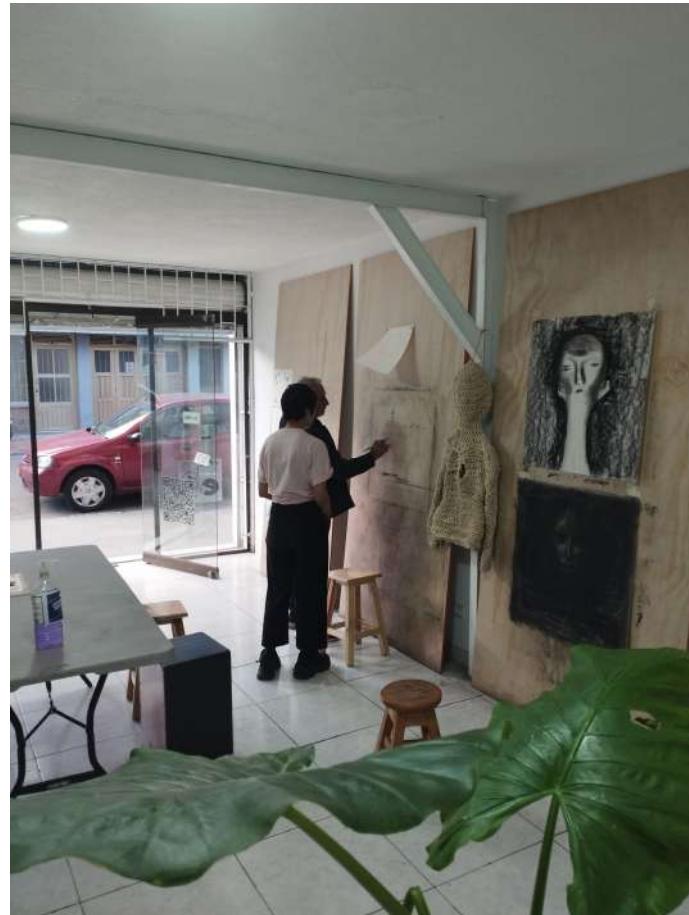


De igual manera, El Dibujadero se inserta en unas lógicas que permiten el acercamiento al dibujo a través de la experimentación, de modo que al mismo tiempo en que se progresa en la “técnica” y “habilidad” de la representación, se fomenta en conjunto la sensibilidad, la creatividad, la meditación, el proceso creativo propio e individual, generando nuevas perspectivas técnicas y metodologías, que surgen desde la búsqueda e intereses personales. Así, enfrentarse a las propias manos sin pensar en un contorno como intereses de representación, siendo consciente de las claridades y oscuridades, ya sea manchando con un carboncillo o quitando material con un borrador, o realizar un autorretrato con los ojos cerrados sincronizando los dedos que recorren el rostro con la mano que hace trazos en el papel, se entiende que el dibujo no es solamente talento innato, técnicas rígidas o maneras concretas, sino que propicia el hallazgo de la observación, el ensayo, la obsesión y práctica, que encuentran el resultado desde maneras que se configuran en el hacer mismo, sin un método incorrecto, mientras a la par se definen reflexiones de ese hacer experimental, como descubrir que manchar es otra forma de dibujar, que se pueden descubrir figuras y patrones en trazos desordenados, descubrir que no solo se dibuja con la mano sino con todo el cuerpo y que así mismo se pueden controlar mejor los trazos si se es consciente de la respiración, de la fuerza que ejerce la mano sobre la herramienta de trazo o de la posición de la corporalidad.

Se generan nuevas maneras de crear dibujo, de modo que no es necesario únicamente observar para hacer dibujo o ver para hacer retrato, sino que el ejercicio artístico se vuelve sensible, desde el tacto, desde el sentir emoción, y, así mismo, ser sucesos vivos de trazo como una posibilidad de plasmarse ya como dibujo sin la necesidad de rayar en papel. Es así que se entiende que la emoción, reflexión y el proceso son igual de importantes al resultado, ya que son todas partes del resultado, siendo en todo caso otra forma de pensar y entender, sin la presión de la definición y la aprobación del otro.

En consecuencia, El Dibujadero es un espacio plenamente para todos, sin importar o hacer diferencia, sino la convicción y deseo de entrar en él, sin academias, sin restricciones y sin mas reglas que la disposición y experimentación. Esto conlleva a comprender que cuando se buscan otras metodologías y espacios en el dibujo, como la exploración, la prueba y el error, cuando se busca llegar a una reflexión mas que a un resultado que muestre una “perfección” (que en todo caso es subjetiva), se entiende que todo cuanto nos rodean es dibujo y dibujable, incluyendo al propio cuerpo que hace parte del todo, pues se hace parte de él, siendo uno y el mismo.

El Dibujadero permite encontrar maneras y posibilidades en el arte y en el dibujo sin la pretensión de gustar al otro, sino simplemente de buscar libertades plásticas, ya que permite construirse a sí mismo y somos, para ser la construcción del otro y la de todos.



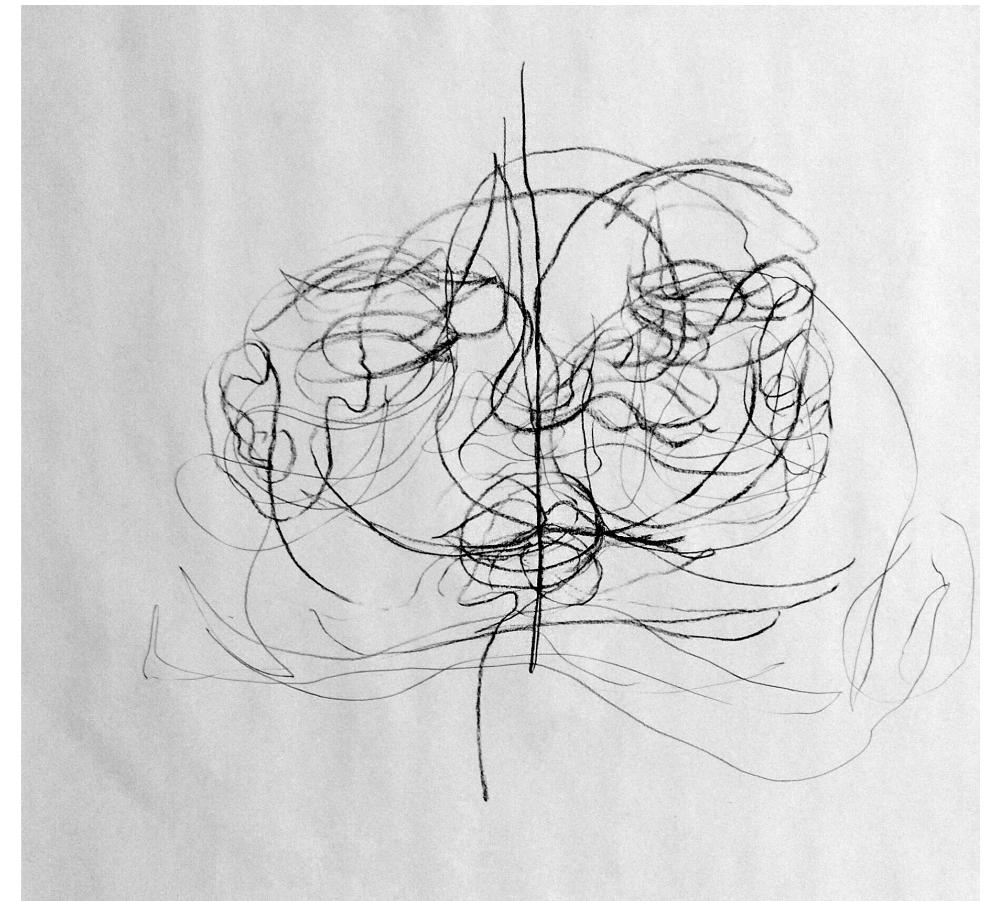






Ese cuerpo extraño es Dibujo

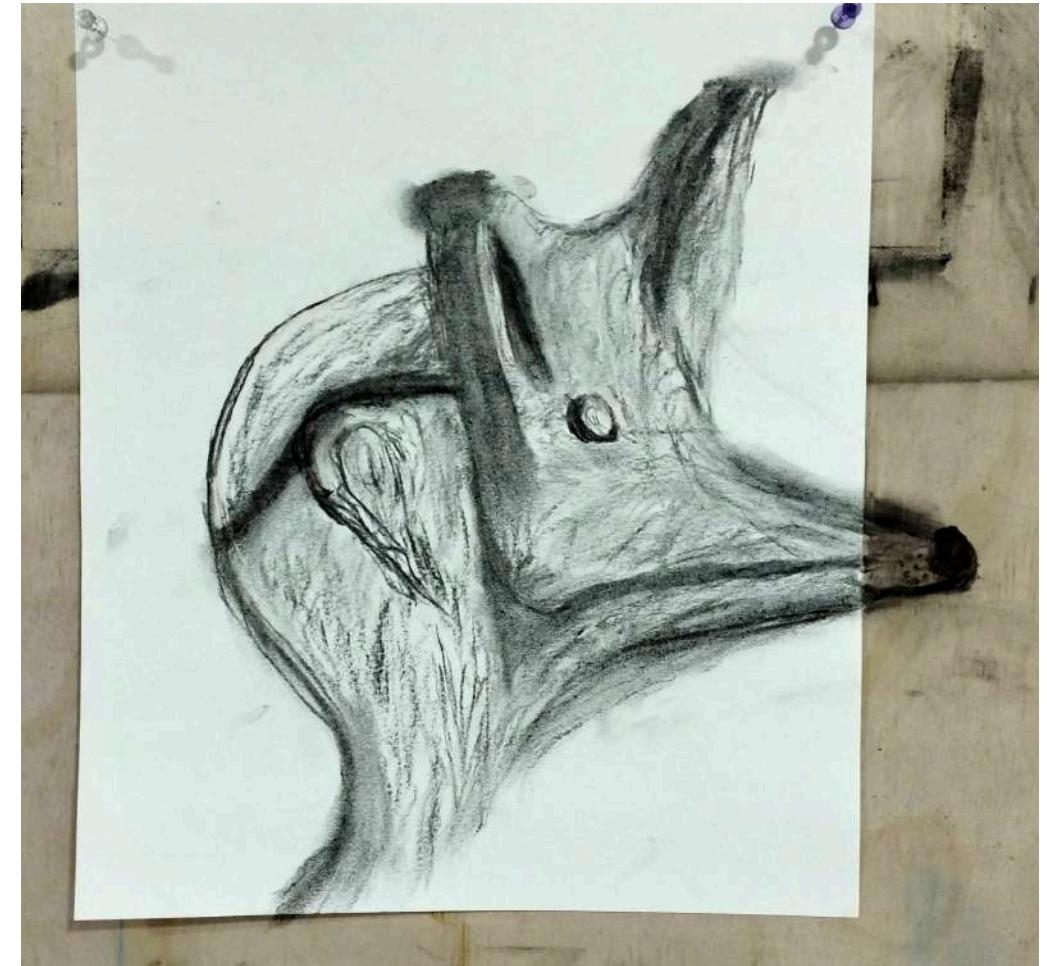
El dibujo es un estado de reflexión y encuentro, una necesidad en sí misma que deviene del sentarse a mirar, a compartir ese mirar con otros. El Dibujadero es por tanto un lugar extraño para el barrio, para el acto, para la gente, ya que incide de manera directa en la confluencia de distintos quehaceres, edades, géneros y condiciones, pues las dinámicas del lugar permiten un espacio de convergencia, donde la libertad en el hacer admite la exploración como primer hallazgo para cada uno y las realidades conjuntas, un lugar de confluencia, que reúne inquietudes desafiantes, como el propio ser y sus mismas preguntas, permitiendo así crear y construir desde la libertad honda que refiere el espacio, como un niño cuyo trazo es resuelto a diferencia del adulto.



Así es que no se enseña a dibujar, sino a observar y pensar dibujo, una exhortación extraña para un mundo útil y práctico, que contesta a la extendida idea del dibujo como un conjunto de técnicas que se aprenden y se perfeccionan, proscribiendo la intención de la búsqueda incierta de cada ser para encontrar su propio dibujo, ya que, solamente dibujando en el acto más incipiente del hacer, se descubre y se entiende el dibujo en sí mismo y las particularidades del ser. Desde lo más evidente que es la forma, por ejemplo, que trasciende a reflexiones profundas sobre la percepción de las cosas del mundo, como la luz incide en ellas o como la sombra deja de ser una línea definida y se vuelve peso, materia, objeto, que solo se descubre observando, pues dibujar requiere paciencia, observación, distancia. Sólo mirar.



El dibujo aquí se convierte en la excusa del encuentro que sorprende por lo simple, pero también por lo profundo: La experiencia del dibujo nos es cercana a todos, como una cuestión primitiva, profunda, heredada y consciente del conocimiento más insondable. Acaso no será esa condición toda nuestra razón humana, la comprensión racional de la línea y sus maneras, sólo esa conciencia que es indecible, primeramente; conceptualizada en trazos; imagen; idea; lenguaje. Acaso somos humanos porque dibujamos.

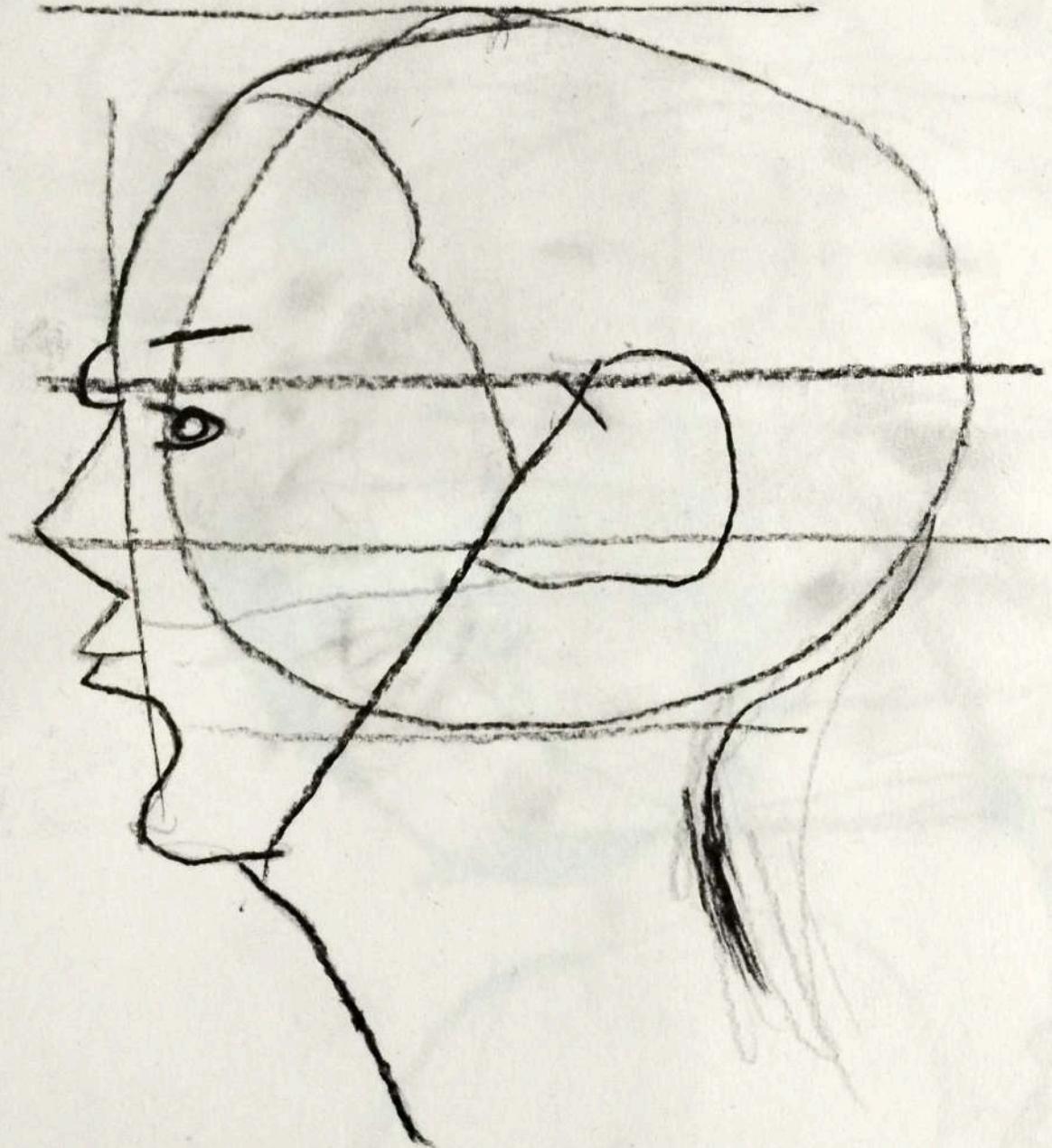




Soltarse en el trazo es soltarse en el cuerpo, el trazo previo y temeroso de una idea preconcebida y planeada que no arriesga a la improvisación que no cede al impulso, ahora se mancha, se desborda...



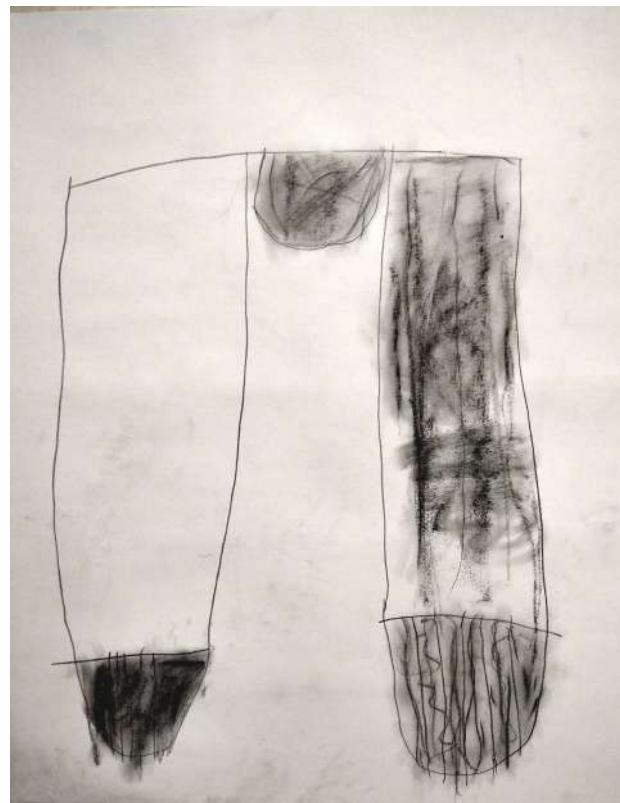
El acto de dibujar esconde mucho más de lo que la consciencia comprende. En el dibujo se complejiza el ser. Se alcanza. Se resuelve. Es tiempo que parece no acabar, al menos no muy pronto. Así como el dibujo, el ser también está en construcción. Las dinámicas permiten que las relaciones de poder se transformen y reconozcan esta construcción constante, de manera que el conocimiento no se transmite en una sola dirección, -la que permite la gravedad quizás sí- sino que nos sitúa a todos en un mismo plano, lo que genera una mayor libertad en el estar y en el hacer. El conocimiento se construye entre todos sin imponerse, pues todos al ser dibujantes, tenemos algo que dar y todo por comprender. Y aquí estamos, entre pensamientos y trazos. En la propia figura y los ojos del otro. Entre lo que vemos, que es cuanto nos mira; un mero suceso físico, de luz, de onda, de línea.





La única manera de entender Dibujo, es dibujar.



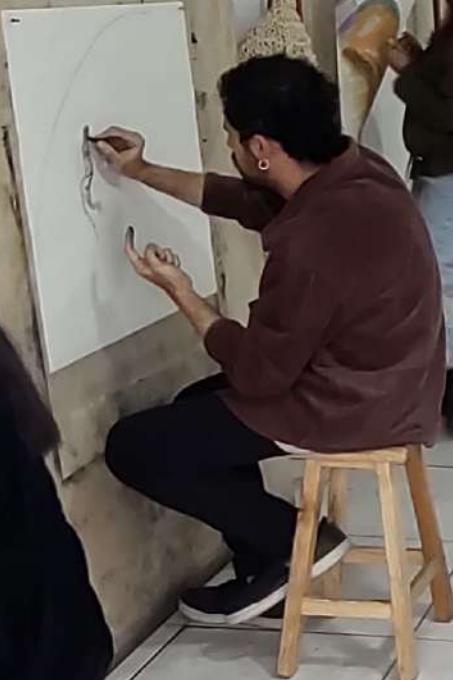








Escuela Abierta
el Dibujadero



Palabra → Sonido / Vibración / Tono



Energía



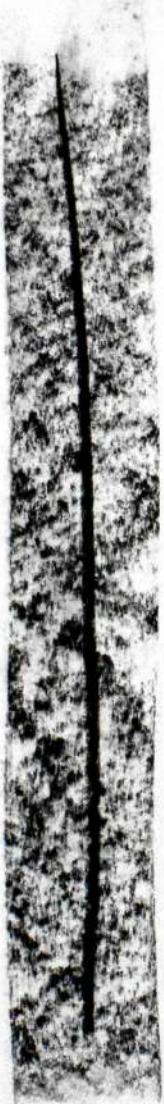
Creación



Origen / sin Origen

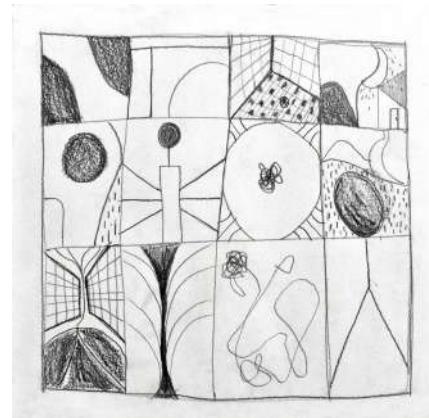
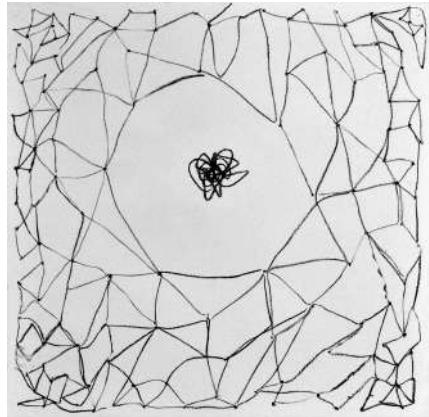
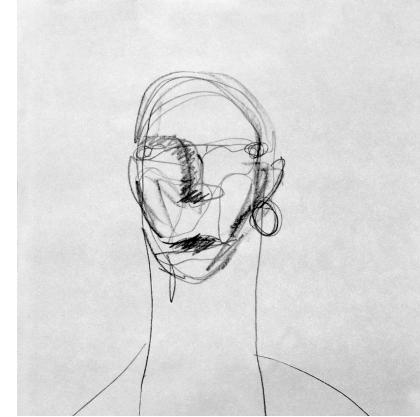






CULTURA?

Cultura / Identidad



Encontré en el bordado una forma de trazarse en el tiempo y en esa medida la entiendo como una forma del dibujo. La sociedad es un bordado conjunto: La aguja entra en el material dejando un rastro que es agujero y punto de confluencia -que es el individuo. El hilo genera trazos en el material que son recorridos y vínculos, relaciones que comienzan a generar estructuras.

Se habla del *lazo social* para referirse a los vínculos que generamos las personas en las relaciones humanas. Existe esta idea de que el humano es un ser sociable y que necesita de vínculos para desarrollarse también como individuo, pues al diferenciarnos de un *otro* nos estamos definiendo: el individuo es un punto en el espacio, que define unos límites y por tanto una forma.



La identidad es algo complejo, esa una narrativa que nos contamos entre todos, algo que ilusoriamente parece mantenerse, o nos obligamos a mantener. Si mi cambio es constante... ¿Qué se mantiene?, ¿qué hace de mi ser un ser?, ¿Esta indeterminación?, ¿Esta maraña de pensamientos y preguntas, este enredo?.

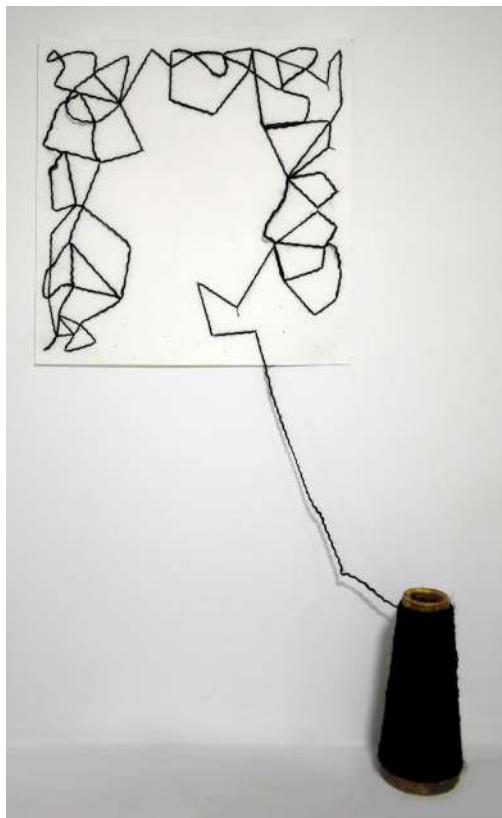
Trato de explicarme la extrañeza del humano en el mundo, este aparente desencajar, que es el mío pero sé que es también de la humanidad.

Y en el proceso me vuelvo enredo.

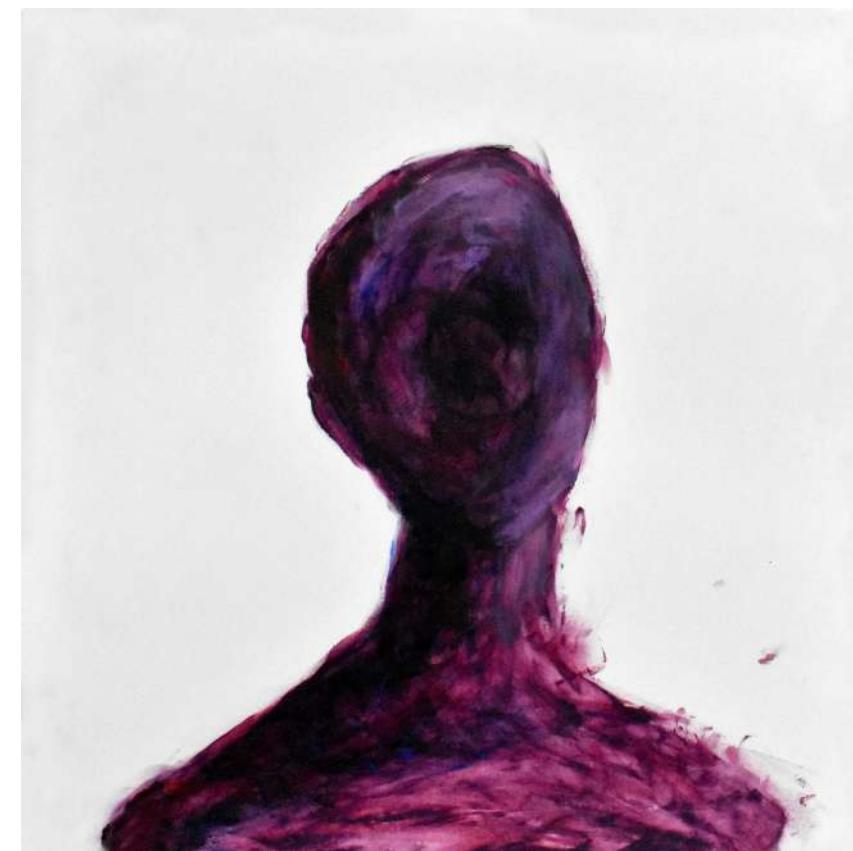
*¿Realmente me he visto?
Soy lo que el otro hace de mí.
Soy imagen en el otro, una idea.
Puedo ser muchas cosas y ninguna de ellas.*



*¿Por qué la necesidad del otro?
¿Quién soy si no soy el otro?
Quizás he dejado de saberlo
Necesito estar sola.
¿Y si no hallo nada?
¿Nada?
Vacío...
No no...
Soy una confluencia de todos los que me rodean.*

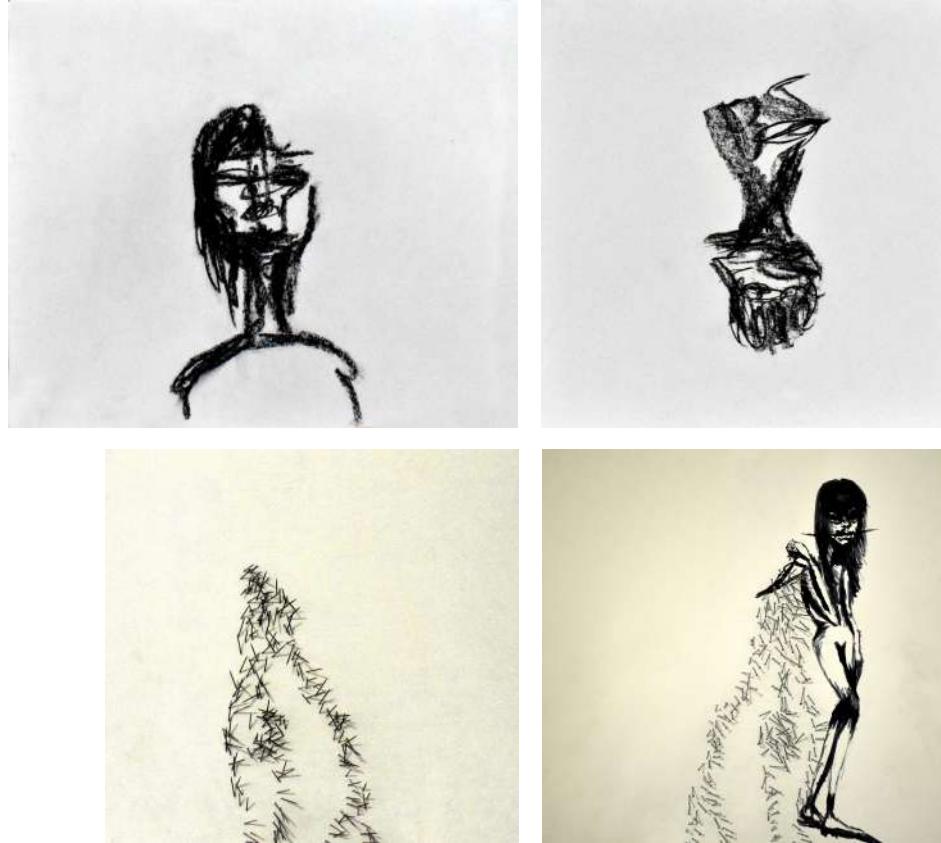


*La identidad es una mentira.
¿Quién soy?
Soy esta que se pregunta:
¿Quién soy?
Y no deja de preguntarse sin más.
Las respuestas son solo circunstanciales,
momentáneas,
Las preguntas son constantes.
Soy todos los que me han recorrido
Todos los que pasan y han pasado por mí
¿Todos?
¿Y si me niego?
Sí...
A la humanidad...
¿Y si me niego al vínculo?
¿Sigo siendo humana?
¿Puede renunciarse a ser humano?*

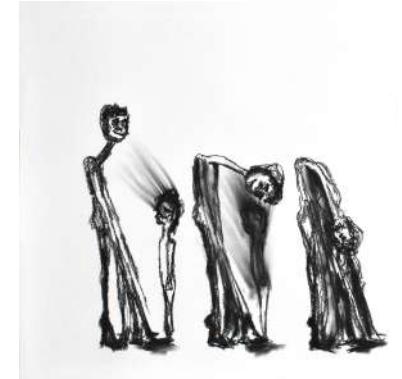




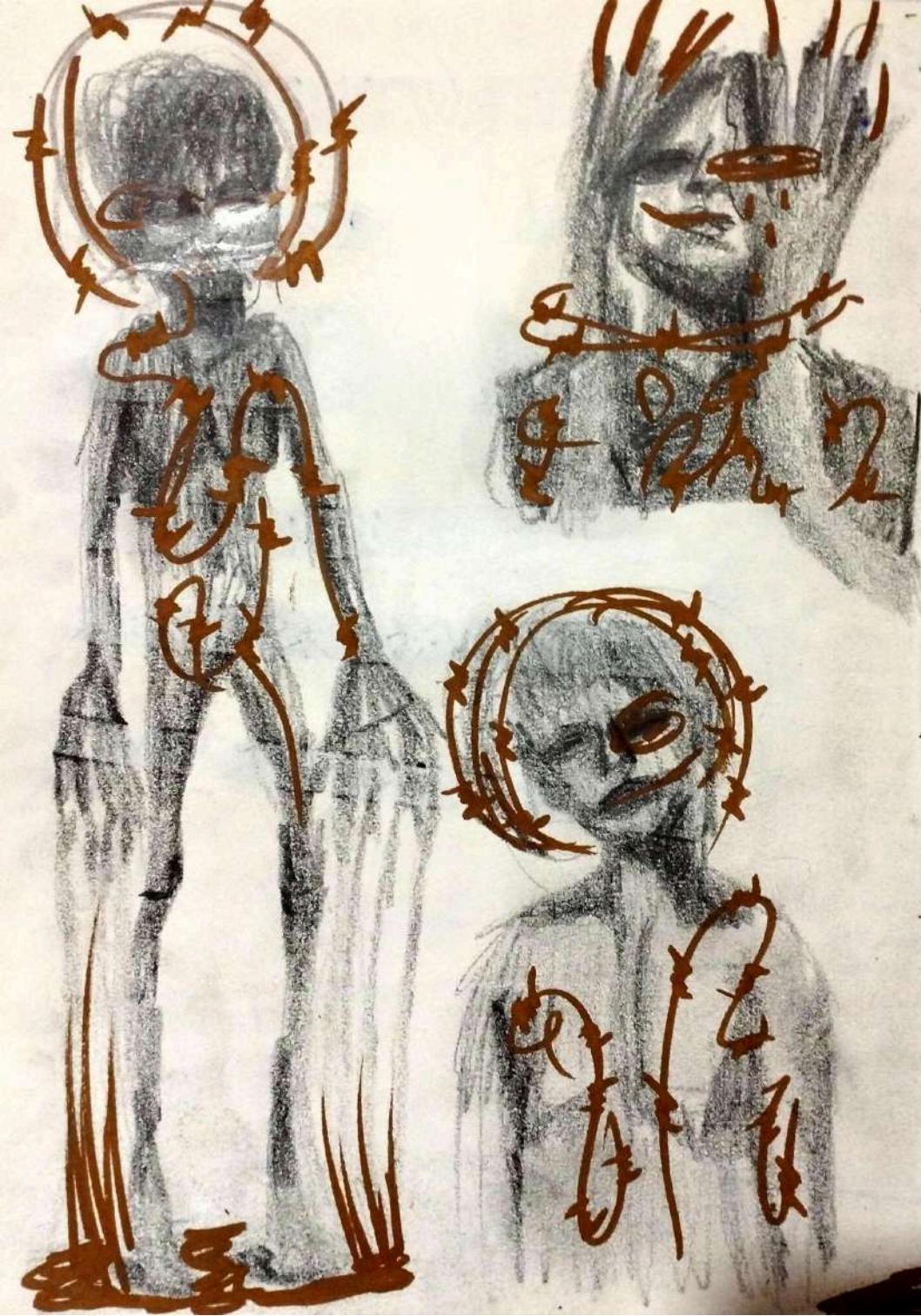
Cuerpo e inhumanidad



La atrocidad en la industria de la moda colombiana, bajo el sello de “hecho en Colombia” y “compra local”, con la justificación de fomentar la economía del país y reivindicar a los artesanos y diseñadores, comete atrocidades con las maquilas y explotación de los llamados satélites colombianos, en donde existe una informalidad laboral grande y unas condiciones salariales y entornos de trabajo indignos, siendo hipócrita en su discurso que muchas veces usa al fast fashion y a sus fábricas en Bangladesh o India en su fin de mostrar la supuesta verdad para justificar el por qué comprar en Colombia y finalmente vender, cuando en realidad perpetúan las mismas atrocidades y nosotros como consumidores caemos en su trampa o volteamos la mirada ante los hechos y seguimos consumiendo.



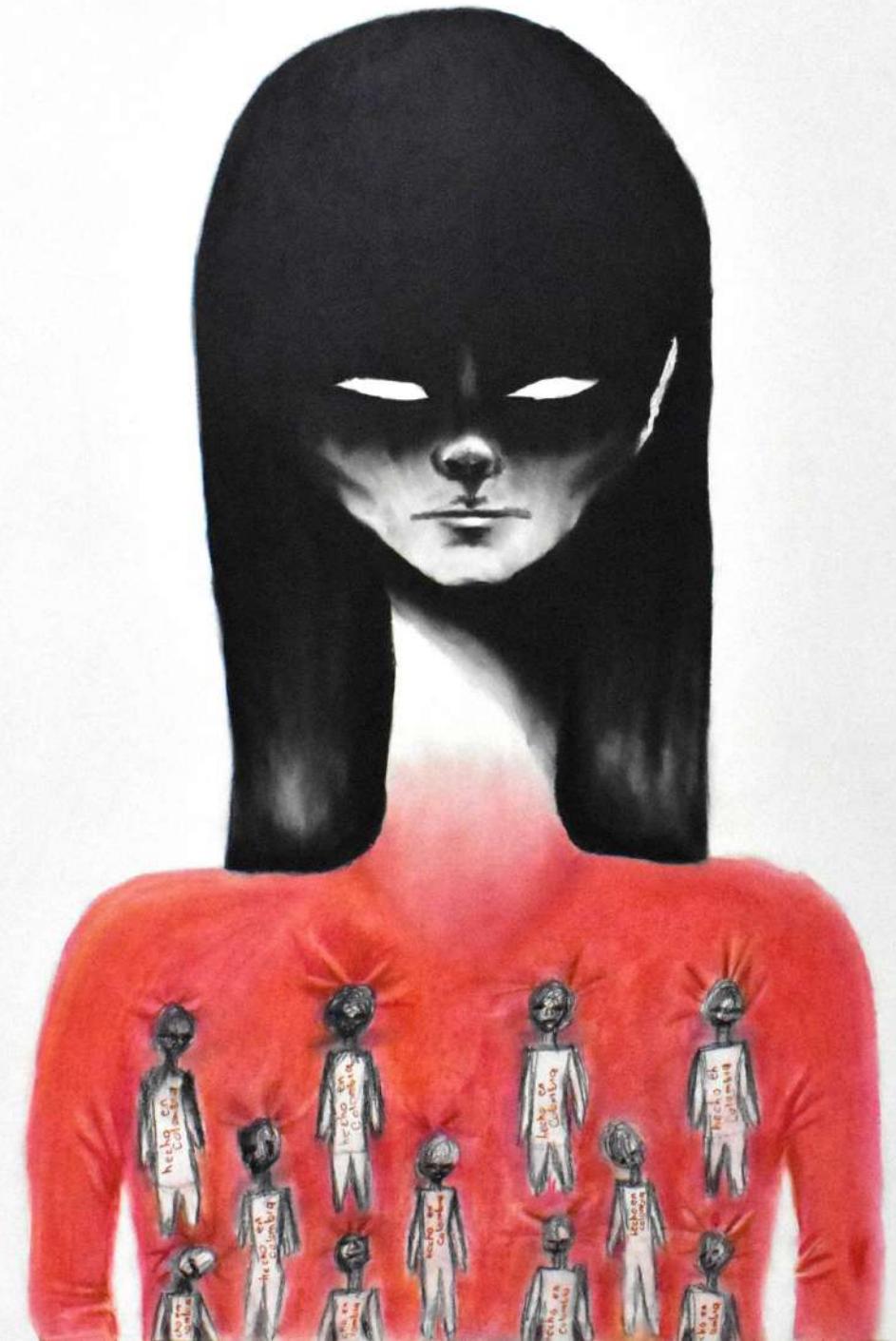
Este proceso es el resultado de preguntarse inicialmente si este tipo de atrocidad solo la cometen los perpetradores (empresas y gobiernos), o también lo hacen todos quienes tienen conocimiento de ella (consumidores), llegando a la conclusión de que si como consumidores somos consientes de los sucesos y aun así seguimos comprando este tipo de sistema moda, también cometemos la atrocidad. Por ello, en cada dibujo se figura y define una relación con el diseño de modas, la atrocidad y su relación con el consumidor, como una venda que decide colocarse a sí mismo y por consiguiente a los demás, al callarse los sucesos y no hacer nada por detenerlo si quiera desde su consumo.



José Antonia Marina en su ensayo "Biografía de la inhumanidad", habla que la compasión y empatía humana viene de fabrica en los seres humanos, sin embargo, esta es limitada y frágil, y al convivir como seres sociales en un sistema de masas repleto de atrocidades, se normaliza la tragedia y se abdica inconscientemente en la responsabilidad que conlleva. Es por esto mismo, que, al tener una empatía tan limitada, el ver a una sola persona privada de su dignidad y derechos es una tragedia, pero cuando esto se repite en multitud, excede la capacidad de compasión de los seres humanos y por tanto estas atrocidades se convierten en una simple estadística, y en nuestra vida cotidiana.



De aquí surge la pregunta ¿si decido seguir consumiendo moda en estas condiciones, en qué se convierte la moda y en qué nos convertimos los seres humanos a través de ella? Es así como las prendas se transforman en el resultado de un ciclo de atrocidad, en un cuerpo que carga con todos los eventos de esta y por consiguiente usamos la atrocidad, por lo que somos “monstruos” (seres atroces) vestidos por la atrocidad, por otro cuerpo. Por consiguiente, deformamos nuestra humanidad y lo exteriorizamos en nuestro cuerpo, las prendas desfiguran nuestra corporalidad y nos convierte en seres completamente decadentes, que deshumanizan al otro y al mismo tiempo se deshumanizan a sí mismos. Esto quiere decir que usamos el vestir como una forma de esculpírnos a nosotros mismos, sea intencional o inconscientemente, por lo que sí la escultura es un arte violento, porque fuerza la forma en un material bruto, solo somos seres que sumamos violencia tras violencia, cargamos con muchos cuerpos en forma de prendas y vivimos alterándonos a nosotros mismos cada día que nos vestimos.





Tragedia

estadística







Dibujo Expandido

Hoy soy un dibujo de carbón, me trazaron con un carboncillo más negro que el vacío, más oscuro que cualquier abismo. Me siento líneas, soy trazos inconclusos difuminándose en el casi blanco del papel para, entonces, desaparecer. Soy sombra más que luz, casi silueta. No soy un trazo firme, nací de la duda; estoy hecha en poros que me absorben, succionan parte de mi ser para que el resto quede libre, para que mi existencia, voluble de por sí, quede en manos de quien sienta la necesidad de mancharse de mí, untarse y en-carbonizarse el cuerpo de mi negro sentir, de ese ligero dibujo que seguirá siendo borroso.

Mi experiencia con el dibujo ha sido larga y conflictiva, no porque no tuviera las capacidades “requeridas” para representar o interpretar imágenes visuales por medio de un lápiz (carbón) en un papel, sino porque, precisamente, la limitación representativa en relación al realismo o, incluso, a la figuración en general, me resultó en algún punto insuficiente y hasta tediosa. Tracé, entonces, una fuerte y radical línea divisoria entre mi práctica creativa y el dibujo. No obstante, una vez se hizo evidente para mí que me encontraba constantemente dibujando en mi cotidianidad, en mi práctica fotográfica y hasta en mis búsquedas tridimensionales, no tuve otra opción que apoderarme del dibujo y hacerlo mío, moldearlo, expandirlo y utilizarlo a mi parecer, según mis necesidades creativas.

El punto, la línea, la mancha, la trama... el trazo. Todas estas herramientas del dibujo se convirtieron conceptual y materialmente en una obsesión para mí, pues todas son posibles dentro y fuera del papel, así como pueden ser o no ser dibujo. Una vez leí que la línea “Es la traza que deja el punto al moverse y es por lo tanto su producto. Surge del movimiento al destruirse el reposo total del punto.” (Kandinsky, 1970, p. 57). Mi obsesión por la línea ya existía en ese entonces, pero estas palabras significaron el inicio de muchas preguntas en torno a la línea como algo más que una herramienta para trazar, y al rastro en relación a los procesos. La línea es movimiento, es recorrido, es proceso. Partir de la obsesión pareció ser el primer y más sensato paso que podría permitirme para ser sincera conmigo misma y con lo que entiendo como dibujo; por eso, la línea se convirtió fácilmente en mi primera pregunta y en mi interminable respuesta, pues me la había encontrado incontables veces en la vida y no terminaba de entenderla.

Al pensarme línea, siendo línea en otra línea, me sentí línea.

Me dijeron alguna vez: el dibujo comienza en el pensamiento y se materializa a través del cuerpo. Sin embargo, al no entender el cuerpo como instrumento de la mente, sino como otra forma de esta, es decir, como pensamiento en sí mismo, el dibujo pasa a ser también pensamiento, y no sólo existe en la materialización, atravesada por la corporalidad, de una idea, sino en la propia construcción conceptual de la misma. Es factible, así, partir del cuerpo como dibujo, no porque esencialmente lo sea, sino porque existe la posibilidad de pensarlo como tal, de establecerlo como proceso mientras piensa.

Así pues, el dibujo no existe únicamente en una inquebrantable relación entre lo visual-corporal-visual en la que se observa, se traza desde lo previamente visto y se obtiene un resultado matérico y visual que no es propiamente aquello que se observó, pero sí su representación. La única forma en la que el cuerpo piensa no es traduciendo y materializando lo que ve, así como la única forma de interpretar y plasmar una realidad a través del cuerpo, no es desde la visualidad. El cuerpo siente y se siente también a sí mismo; después, puede definirse, redefinirse y reinterpretarse cuantas veces lo desee.

Al pensarme línea, (...)

Como el cuerpo es recorrido y las manos, siendo parte de este, piensan, la línea, que es proceso, puede existir en el cuerpo, así como el cuerpo se puede entender a sí mismo desde la línea. De esta forma, *Al pensarme línea (...)* es el resultado, o uno de los tantos resultados, de la experiencia que implica un ejercicio de autorrepresentación en el que una mano ejerce un reconocimiento corporal por medio de un recorrido lineal, mientras la otra mano interpreta visualmente, y en tiempo real, lo que percibe la primera.

Por un lado, la *traducción* de un cuerpo tridimensional en un campo limitado bidimensional, representó a la vez una dificultad técnica y diversas preguntas alrededor de los límites del dibujo y el espacio en el que el mismo existe. Si bien el resultado plástico no corresponde literalmente a la forma visual del cuerpo interpretado, sigue siendo posible reconocer mi propia corporalidad en el dibujo resultante, el cual atravesó procesos de decisiones en las que me vi en la necesidad de simplificar cada vez más el recorrido en tanto los detalles y texturas dejaron de ser una prioridad para mis intenciones creativas, y el proceso lineal, ininterrumpido y repetitivo del mismo espacio, se convirtió en mi foco principal.



(...) siendo línea en otra línea, (...)

Surgió, entonces, la enorme e inevitable inquietud por el espacio que alberga el dibujo, el que hace posible el registro del rastro que construye la línea. Asimismo, tuvo lugar la pregunta por el cuerpo que recorre y el cuerpo que siente y traduce. De esta forma, me vi en la necesidad de reconocermé a través de la percepción generada por medio de un recorrido corporal realizado por otro cuerpo sobre el mío, de manera que este otro cuerpo me sirviera, además, como espacio para registrar mi propio cuerpo.

El dibujo, en *(...) siendo línea en otra línea, (...)*, sucedió en distintas ocasiones: en las decisiones de quien ejerció el recorrido, así como en el mismo recorrido que, aun cuando no se materializó y concretó en mi cuerpo gracias a un pigmento, sí existió y posibilitó una experiencia sensible en la que pude sentirme de otra forma y desde otro cuerpo. Existió el dibujo, también, en el proceso perceptivo de mi cuerpo al ser recorrido por otro cuerpo, en el entendimiento de la diferencia gracias a la traducción de mi corporalidad en la de un otro diferente a mí, evidente en los límites de las partes que me componen, comparadas con el tamaño de las partes que componen al otro. Sucedió el dibujo en los trazos de carbón que inscriben mi cuerpo sobre otro cuerpo.

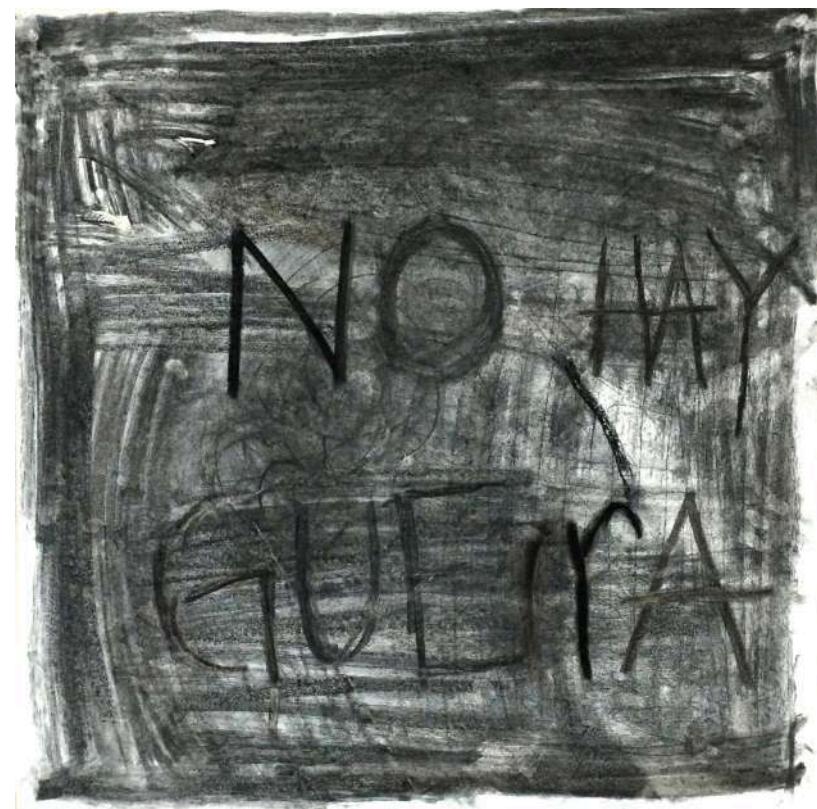


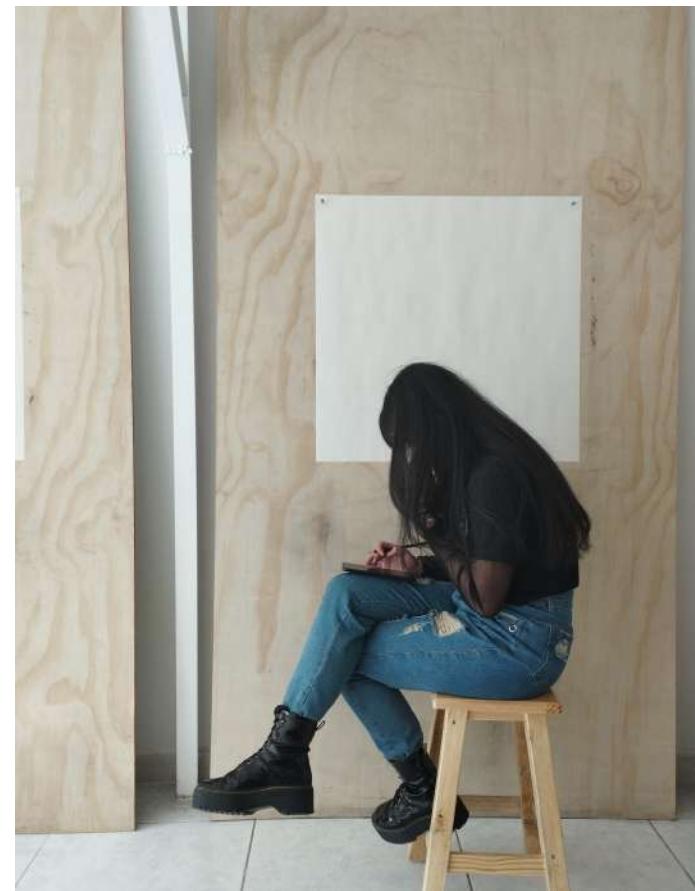
(...) me sentí línea.

Finalmente, después de explorar espacialmente la producción del dibujo que se enmarca en un espacio material, sólido y debidamente delimitado, fue indispensable plantear la existencia del dibujo que es posible por sí mismo, sin necesidad de un cuerpo que lo aloje y lo concrete. Un dibujo que no requiere de un único y acertado ángulo para ser observado o comprendido; un dibujo que es esencialmente cuerpo, línea y recorrido.



















Pagina Web:

<https://laescuelabierta.com/>



La Escuela Abierta



*Agradecimientos especiales a todas aquellas personas que
de bonita manera hicieron parte del proceso realizado con
La Escuela Abierta*



